

Sirva este trabajo de homenaje y reconocimiento a mis padres y a las gentes de estos lugares que han pasado por la vida calladamente, laborando, sin gastar la tierra, sin quedarse nada para ellos...

Las tierras lloraban su abandono. A pesar de ello, unos ojos esperanzados quisieron ver con optimismo la pervivencia de aquellos pueblos. Y en el suyo, en un hito de piedra hincado en el suelo, grabaron: " Aún cantan los gallos al amanecer en Medinaceli. "

AÑORANZAS

Todos los días voy al trabajo a pie en la creencia de que andar es bueno para la salud. El trayecto es un camino de tierra tranquilo y cómodo fuera de la ciudad, que a la hora del paseo se llena de gente. Yo me cruzo con ella y escucho retazos de conversación.

Son gentes de edad que, en su día, vinieron a la ciudad a empezar una nueva vida obligados por las circunstancias. ¡Empezar, cuando ya han dejado una vida entera en el pueblo...! Gentes aquí desarraigadas porque tienen las raíces allá donde nacieron. Añoran el pueblo y, en cuanto pueden, vuelven a él, aunque sea de visita.

En esos jirones de comentarios intrascendentes de tarde de paseo, llegan a mis oídos frases cortadas como estas: ...hemos arrendado las tierras por cuatro perras...

¿Mis padres? en el pueblo están; mientras se valgan por si mismos no hay quien los mueva de allí... Estas cosas no pasan en el pueblo... Los fines de semana los pasamos en el campo... Es que como el pan del pueblo...

Todo el mundo nombra a su pueblo. Todos aman la tierra que les vio nacer. A fuerza de ser prácticos se impone vivir en la ciudad; pero las grandes concentraciones urbanas, por antinaturales y despersonalizadas, nunca despertarán los sentimientos que los pueblos inspiran.

Y yo no soy la excepción. A nada que dejo a mi memoria libre de toda ocupación, vuelve al pueblo y salta de recuerdo en recuerdo como queriendo abarcar y comprimir veinticinco años de vida en tan sólo veinte minutos. Pero un hecho irreversible amarga el pensamiento... Mi pueblo ha muerto. Mi pueblo está totalmente deshabitado. Durante el invierno largo y frío no hay ni un alma. Las casas permanecen cerradas noche y día, las calles están sin vida..., las campanas, sin voz... Amanece para nadie, pues hasta los pájaros eligen otros pagos. El inquieto gorrión, que gusta de los ambientes urbanos y goza con la cercanía del hombre, huye de aquellas soledades. ¿Seguirá el autillo emitiendo su canto nocturno en los chopos de los huertos? ¿Y la abubilla? ¿Saludarán las abubillas multicolores al sol de mayo?

El olmo seco, tan vulgar e insignificante, tuvo su poeta que hizo de él semilla de lo bello. Mi pueblo, aún siendo causa más noble, no tendrá un Machado que cante y cuente sus cuitas, sus gozos y sus candores.

También a mi pueblo...

*"... con las lluvias de abril y el sol de mayo
algunas hojas verdes le han salido. "*

*Son las gentes que, a su llamada en el verano,
vuelven a sus calles el sentido...*

*Agosto lo agosta
y deja en mi alma un sabor amargo.
En septiembre, tras el patrono,
cae en letargo.*

Y empieza de nuevo el ciclo.

Otoño: recoger, cerrar puertas y ventanas.

Invierno: soledad y espera.

Primavera: preparativos y esperanza.

Verano: reencuentros.

Nadie ha experimentado, en tan corto periodo de tiempo, un cambio tan radical en los modos de vida como las gentes de mi generación y más mayores. De una economía rural y de subsistencia, a veces, hemos pasado a la industria y a la opulencia. Del arado romano, al ordenador. De presumir

de vivir sin trabajar, el que podía, a envidiar un trabajo... Y todo, en el tiempo record de veinticinco años. Los que ahora tenemos cincuenta hemos vivido la mitad inmersos en aquel tipo de cultura y otros tantos en éste.

Aquellos veinticinco años de mi vida son los que me resisto a dejar enterrados como algo inútil, como si no hubiesen servido para nada, cuando aquellos desvelos trajeron estas comodidades.

Aquella vida primera es la que no podemos olvidar las gentes del camino. Y para ocupar mi tiempo libre de una manera placentera, desciendo a recordar los más ínfimos detalles y me pongo a escribir lo que de mi pueblo se me ocurre.

LA CASA

Estamos en la sierra Ministra, en las tierras de Soria que lindan con la provincia de Guadalajara. En los altos páramos abiertos a todos los aires, el tiempo excavó amplios valles que el arado ha convertido en reducidas vegas. Cada una de estas vegas da vida a una aldea o caserío asentado en ella. La población, regularmente repartida, forma pequeños núcleos de medio centenar de casas próximos entre sí, pues no suelen distar más de ocho kilómetros unos de otros.

Las Únicas fuentes de riqueza por estos predios son la agricultura y la ganadería. No hay medios de echar un jornal de otro tipo. No hay trabajadores por cuenta ajena, como ahora se dice. Todos son agricultores y cada uno vive de su pequeña heredad. Por eso las casas son de labranza: sólidas, espaciales y con multitud de dependencias necesarias todas ellas.

Están construidas de mampostería: piedra y yeso; y el armazón que sostiene y cubre la fábrica: postes, soleras, cuarterones, teguillo, cumbre y vigas maestras son de madera de pino. Los techos, de bovedilla; el tejado, de teja cocida, a dos vertientes y en él destaca la chimenea corpulenta en forma de pirámide truncada. Son edificios de cierta envergadura, pues cuentan con dos pisos sobre la planta baja: la vivienda propiamente dicha y la cámara.

Abajo, a nivel de la calle, está el portal de entrada a la casa. En él hay una serie de puertas de acceso a otras tantas dependencias como son: la cuadra para las mulas y las gallinas, las cortes para los cochinos, el cernedor, la cocina, el cuarto de la estufa, las escaleras al primer piso y algún otro cuarto para aperos y despensa. La cuadra comunicaba con el pajar. En el portal comían los cochinos y las gallinas en un gamellón de obra; colgaban los aperos de uso diario; guardaban todo de forma provisional; jugaban los chicos, charlaban los hombres, zurcían las amas, hilaban las viejas... Era la estancia multiusos mejor aprovechada.

La puerta de la calle la componían tres piezas de madera gruesa y resistente: el portón estrecho de arriba abajo, en un lateral; lo abrían cuando necesitaban toda la anchura del umbral; la puerta de abajo con el cerrojo y el gatero y la de arriba con la cerraja y la aldaba. La parte de arriba permanecía abierta por el día, así la planta baja estaba más o menos iluminada. Desde el portal, con la puerta de abajo entornada, veíamos el exterior como se ven los toros desde la barrera, setiase uno protegido; era como dominar la calle desde casa. En la necesidad de dejar la casa sola cerraban con llave, más por no mostrar desidia que por temor, pues sabido era que la llave permanecía en la gatera.

A uno o a ambos lados de la puerta, en ninguna fachada faltaba el poyo: asiento de piedra práctico y socorrido, testigo mudo de disertaciones, intrigas y amoríos.

La vivienda propiamente dicha ocupaba el primer piso, y la componían una cocina, la sala y las alcobas.

La cocina era una estancia amplia, con hogar bajo. La lumbre ardía sobre la losa contra la pared. Dicha losa era un rectángulo de baldosas elevado sobre el suelo a modo de tarima de colegio. Suelo y pared aparecían protegidos del fuego con planchas de hierro. La de la pared, más historiada, solía mostrar figuras y escenas en relieve.

A una cierta altura pendía una cadena con varios ganchos para colgar las calderas. La chimenea era recta, cuadrangular y tan amplia que dejaba ver un retazo de cielo. Tenía una campana que abarcaba toda la losa.

Además de recoger el humo, oreaba los embutidos y el tocino de freír, al tiempo que les prestaba un ligero sabor ahumado. El reborde exterior servía de vasar.

Aún me parece ver los pucheros de barro o de porcelana de distintos tamaños alineados, con su panza hundida en el rescoldo, más o menos, según el grado de calor que necesitaban; y por detrás, los morillos garantizando que ninguno "se iba a tumbar". El benjamín era el pucherillo de añadir, con agua para eso, para añadir a los grandes que se quedaban sin caldo.

Las sartenes formaban otra categoría. Más capaces, sobresalían por encima de los pucheros; bien porque tenían patas o porque iban a caballo sobre las trébedes.

Los trebejos para controlar la lumbre eran los fuelles, el badil, la badila, los morillos y las tenazas; éstas últimas enemigas sempiternas del gato.

A un lado de la lumbre localizábase la hornacha: un hueco excavado en la pared con una chimenea que desembocaba en la principal. La boca en forma de arco presentaba una gruesa capa de hollín duro y brillante como el azabache. Una plancha de hierro la cenaba. La hornacha servía para mantener calientes los alimentos o para cocerlos a fuego lento. El combustible era la paja que ardía lentamente, sin llama. Ahorraba leña y en ella se hacían unos cocidos, unas judías o lentejas, las patatas asadas y las sopas recocidas con "costrón " en cazuela de barro, que para mí las quisiera hoy. Podríamos considerarla la precursora del horno microondas por lo que de complemento y desahogo del fogón principal tienen ambos, la hornacha en aquel entonces y el citado horno en la actualidad.

De las paredes laterales pendían los fuelles, el candil de aceite, el especiero, las trébedes, la espetera, y en ellas se abrían vasares y alacenas.

Alrededor de la lumbre había un banco de madera amplio y recio y unas cuantas sillas bajas, igualmente resistentes, a mano, la leña: tamaras, aliagas y cambrones.

Alejadas de la losa ocupaban su sitio la tinaja y la cantarera. La tinaja era el depósito del agua de consumo y había que llenarla haciendo viajes con el cántaro a la fuente.

La sala era la pieza principal de la vivienda; amplia y bien iluminada, mostraba cierto orden y un intento de decoración. Tenía múltiples funciones, era el cuarto de costura, de aseo, de visitas; la sala guardaba la ropa de mudar y los secretos de la familia. En ella hilaban y devanaban la lana, hacían los colchones y cualquier labor doméstica que precisara espacio. El mobiliario y la decoración lo componían una cómoda, varios baúles, la máquina de coser, un sofá, cortinas con galería, retratos de familia, un espejo de pared de imágenes desvirtuadas, el aguamanil, el palanganero y perchas de pie o de pared.

Las alcobas eran habitáculos mal iluminados y peor ventilados. Tenían capacidad para una o dos camas; y por todo complemento contaban con un arca, un cuadro y acaso una mesilla de noche. El arca hacía de armario y descalzadora a la vez. Las camas eran de hierro, muy altas, con el jergón de muelles verticales y el colchón de lana.

En las habitaciones donde se hacía la vida ardía la lumbre, la estufa o el brasero, y de vez en cuando era necesario ventilar el ambiente cargado de tufo o de humo.

Esto se hacía retirando la vidriera de la ventana. La vidriera era un marco de madera dividido en cuarterones; cada uno era un cristal. En la cruz del centro tenía un asa para manejarla.



La puerta: lucernario, mirador y cancela.

Y arriba, en la segunda planta, con los techos abuhardillados bajo el tejado, la cámara. Toda en una pieza, la cámara era amplia y sin ningún refinamiento en los techos, paredes y suelos. Todo en ella estaba toscamente rematado. Hacía de granero; en distintas trojes se guardaba el trigo, la cebada, la avena, las legumbres y otras semillas para pienso. Esto de guardar el grano en el lugar

más alto de la casa, con el esfuerzo que ello suponía, parece un contrasentido. El grano se transportaba en costales de tres medias de capacidad – 65 kilos de peso – que subían al hombro a lo largo de dos tramos de escaleras angostos y empinados. La explicación radica en que el lugar garantizaba la total ausencia de humedades que echaran a perder las semillas.

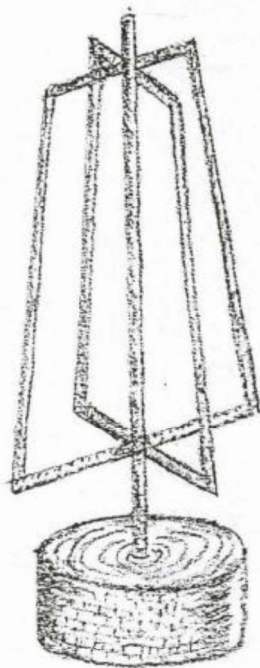
La cámara era el desván donde se amontonaban los enseres que habían caído en desuso junto a los Útiles, herramientas y aperos ocasionales o de temporada: sacos, horcas, bieldos, rastros, las trilladeras, la rastra, la media, la báscula, cencerros, empegas, pieles, colmenas, etc.

La cámara era, en fin, para los chicos un lugar triste y sombrío depósito de todos los miedos: los gatospardos, los ruidos misteriosos, los ladrones, la oscuridad, el coco, el hombre del saco, el sacamantecas... Todos habitaban en la cámara.

En otras latitudes, donde la economía marca diferencias, las casas también son diferentes: la mansión del terrateniente se eleva sobre la humilde vivienda del bracero. No era el caso en esta tierra donde se daba una gran igualdad económica. No había Familias de asalariados; todas tenían su tierra propia, su yunta, sus cerdos, cabras, gallinas... Por eso necesitaban unas casas espaciosas y capaces como las descritas. Además, junto a las casas del pueblo abundaban otras edificaciones muy rústicas que suplían las carencias de la vivienda; me refiero a los gallineros, pajares, cortes, casillas y palomares.

No quiero que se entienda este párrafo como un atisbo de presunción por mi parte, pues las haciendas, al ser todas iguales, todas eran cortas. Si a esto añadimos unas tierras ricas en yeso y arcilla y un clima adverso, obtendremos una producción exclusivamente cerealista con un rendimiento de siete simientes.

Por eso siempre he pensado que no había paridad entre la riqueza de la familia y la casa; que en una comparación, la casa era superior al grado de riqueza que se disfrutaba.



No te devanes los sesos,
devanaderas se llama.